

DOMINGO XV DE TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Amós 7, 12-15): *El Señor me arrancó de mi rebaño.*

Salmo (84, 9abc.10-14): *«Muéstranos, Señor, tu misericordia y danos tu salvación».*

2ª lectura (Efesios 1, 3-14): *Él nos eligió antes de la fundación del mundo.*

Evangelio (Marcos 6, 7-13): *Los fue enviando de dos en dos, dándoles autoridad.*

La llamada de Dios al profeta es una auténtica invitación a trasladarse a ese mundo nuevo que supone su voluntad salvífica, ese designio que trasciende nuestros deseos y apetencias y los orienta hacia una plenitud renovadora. Lo mismo sucede a quien se embarca en ese otro viaje que es el seguimiento de Cristo y que nos define como discípulos suyos. Es de Él de quien tenemos que aprender y en quien tenemos que descubrir las riquezas que transforman nuestro frágil conocimiento de la verdad y bondad de las cosas.

Demasiadas preocupaciones nos tomamos para preparar nuestro equipaje cuando tenemos que iniciar un viaje. Nos falta la seguridad de quien conoce bien a donde vamos y qué es lo que vamos a necesitar; queremos asegurarnos todas las comodidades posibles y para ello acarreamos con una servidumbre que nos va a impedir avanzar libres y dispuestos a dejarnos sorprender por ese mundo distinto al que nos dirigimos.

Solemos estimar las cosas por el beneficio inmediato que nos procuran y ello porque hemos hipotecado nuestra capacidad de amar a cambio de nuestra propia satisfacción. Nos falta ese sentido de la aventura que lleva consigo el avanzar y progresar en el conocimiento y estima de las cosas. En términos religiosos diríamos que nos falta fe en la propuesta que Dios nos hace cuando nos invita a seguirle. Lo primero que nos requiere es dejarlo todo e ir en pos de Él. Y ahí es donde nosotros nos hacemos fuertes contra Él hasta el punto de reprocharle que nos exija renunciar a nuestro propio ser.

Jesús estaba convencido de la fuerza imparable y transformadora que tenía el mensaje que proclamaba, por eso, no se anduvo con rodeos y con la convicción y la simplicidad que solo tienen los profetas les decía: **«Se ha cumplido el tiempo y está cerca el Reino de Dios. Convertíos y creed en el Evangelio»** (Mc 1,15). Estas palabras, si las escuchamos sin prisa, con calma, pueden resonar en nosotros con la misma fuerza que sonaron en el corazón de muchos de aquellos hombres y mujeres. La presencia amorosa de Dios sigue siendo la misma. Dios siempre está cerca. El Reino siempre es actual.

El profeta de Nazaret veía lo que los demás no eran capaces de percibir: la cercanía del Reino. La increíble cercanía amorosa de Dios. Presencia escondida y callada en lo más profundo de la vida, de la historia, de los corazones. Presencia de la que mana, como de una fuente, la vida que corre sin fin. Claridad que todo lo ilumina y lo llena de belleza y de sentido. Amor infinito que cada mañana, como si de la primera mañana se tratara, hace posible el milagro de que todas las cosas sean y tengan vida.

El verdadero profeta es aquel que no alardea de su título, sino que se centra en la misión que el Señor le ha confiado y no se apoya en argumentos distintos de los que se desprenden de la palabra divina garantizada por la moción del Espíritu. Ahí es donde radica la mayor dificultad y el mayor riesgo de confundir la moción del Espíritu por la que promueven nuestros propios recursos. Estos serían el equipaje del que tenemos que prescindir si queremos de verdad participar en ese viaje para el que no se requieren otras alforjas que la confianza plena en la ayuda del cielo.

Llevad únicamente un bastón, unas sandalias y una túnica. Solo una. Y no llevéis nada más. Ni pan, ni alforja, ni dinero. Es el estilo de Jesús y el estilo que quiere para sus discípulos, a los que envía en misión. Sencillez, pobreza, abandono de seguridades humanas, confianza en la voluntad del Padre. Estas maneras rompen nuestros esquemas mentales y estilos de vida. Hijos de esta cultura de la eficacia, nosotros deseamos tenerlo todo planificado, disponer de los mejores medios, tener a nuestro favor las mejores previsiones y la seguridad de que obtendremos buenos resultados.

En Jesús vemos el estilo que Dios quiere en sus discípulos para hacer posible una humanidad más humana. No será a través del poder, ni del dinero, ni del prestigio, ni de la confianza ciega en nuestras fuerzas como contribuiremos a que su Reino crezca en la historia. No. Será mediante la sencillez que no se impone; mediante la pobreza que comparte lo que se es y se tiene; mediante la huida de tantas falsas seguridades que, como espejismos, nos encierran en nosotros y nos alejan de los demás.

Hoy, el Evangelio nos vuelve a llamar: convertíos, cambiad la mente y el corazón. Creed esta buena noticia. Abrid los ojos. En algún momento del camino, al ver la reacción desigual de la gente a su llamada Jesús exclamó: **«Yo te doy gracias, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has escondido estas cosas a los sabios y entendidos, y se las has dado a conocer a los sencillos»** (Mt 11,25). Ojalá esta exclamación de Jesús sea también por nosotros, porque nos hemos atrevido a elegir la senda de la sencillez, senda que capacita para acoger el Reino de Dios.